L. J. Del Real
Salesiano

El padre Mauricio Arato

Breve semblanza

ESCUELA SALESIANA DE TIPOGRAFIA
MEDELLIN — 1949

PORTADA

Mucho hacía que anhelaba escribir algo acerca de quien fue mi maestro de noviciado, y a quien debo consejos acertadísimos y bondades de corazón que no se olvidan. Mas, ora el temor de aparecer como atrevido al intentar una obra de tamaña responsabilidad sobre todo, y ora el ajetreo cotidiano anejo a la vida salesiana, me lo habían estorbado.

Pero en las vacaciones pasadas me propuse comenzar y, burla burlando, borroneando cuartillas e hilvanando recuerdos, me di a la tarea que, concluída, vistas las tiras y aprobadas por el Rvmo. P. Inspector y por el R. P. Emilio Rico O. que conocieron muy mucho al P. Arato, quedan impresas estas memorias con el objeto único de remozar el recuerdo de un hijo fiel de san Juan Bosco, antes que la losa del olvido sepulte para siempre la estampa de su huella entre nosotros.

Además, si es cierto que aún viven muchos que lo conocieron, muchos más son quienes apenas si han oído hablar de él, y no pocos se han formado idea errónea de uno de los trabajadores más expertos y abnegados que han derramado sudores en los surcos salesianos de Colombia.

Dios haga que estas líneas, escritas con cariño, renueven la existencia de quien formó para la vida salesiana a tantos religiosos y sacerdotes que hoy, diseminados por el mundo, hacen el bien y cosechan con fruto la

simiente que él les dió para que regaran en los campos del Padre de la viña.

Bendiga desde el cielo el padre Mauricio Arato estos renglones, y haga surgir imitadores suyos en los surcos de nuestra Pía Sociedad. El que supo guardar en los pliegues de su anchuroso corazón muchas miserias para darlas al olvido después de rociarlas con el bálsamo del perdón, supla cuanto en ellos falta.

Medellín, junio de 1949.

D. Mauricio Arata

Salesiano

ASI ERA EL

Arribó el P. Mauricio Arato a nuestras tierras en noviembre de 1904 con el inolvidable padre don Antonio Aime de memoria incancelable.

Venía de España, la grande, la conquistadora, suelo acogedor, de rientes campiñas y sol eterno; la de flores constantes y viñedos, y almas caritativas, dadivosas, de gestas heroicas, que aún se repiten cuando falta hace.

La traía toda entera en el corazón y por eso la llevaba a flor de labios y la nombraba con cariño de hijo como si hubiera venido a la vida en algún retazo de ese suelo de castañuelas y fandangos, oraciones y procesiones sin igual.

¡Qué de historias narraba de la patria de san Fernando y los Felipes, y, sobre todo, cómo recordaba a los salesianos con quienes convivió los mejores años de su vida religiosa: don Felipe Rinaldi, don Pedro Ricaldone, don Ernesto Oberti, don Enrique Riva.... todos grandes, superiores mayores los primeros, directores los otros....

Y cuántos cooperadores linajudos, como doña Dorotea de Serra, en vía de canonización, y una lista innumerable de condes y de duques, de marqueses y comerciantes.

Don Mauricio Arato poseía un corazón agradecidísimo y en los anchos repliegues de él guardaba los beneficios recibidos como se guarda rico tesoro en brocada tela.

Seco de carnes, bajo de cuerpo, cargado de

espaldas, ojos negros y vivaces, tez morena, nariz afilada, corto de busto: tal en su exterior el hombre cuya meritoria existencia vamos a trazar en breves rasgos.

De carácter fuerte, sabía dominarse, aunque en diversas ocasiones irrumpía para quedar al descubierto, tal cual era, de cuerpo entero.

Ese fue su caballo de batalla, y lo domaba, y lo fue amasando día tras día, no sin que por ello alguna vez se dejara aporrear.

La gracia lejos de destruír la naturaleza, encauza las pasiones, y Dios deja que ciertas almas escogidas no venzan del todo su natural altanero, para mejor purificarlas.

"Las rebeliones del apetito sensitivo tanto en la ira como en la concupiscencia, es el de Sales quien escribe, han sido dejadas en nosotros para nuestro ejercicio a fin de que practiquemos la fortaleza espiritual resistiéndolas. Los filisteos eran el enemigo que los verdaderos israelitas debían siempre combatir, sin que jamás pudiesen derrotarle por completo; podían ellos combatirle pero no derrotarle" (*Tratado del amor de Dios - L. IX, c. VII*).

Yo me imagino a un san Pablo erguirse arrogante, tal como era, reclamando sus derechos romanos a fin de no sufrir infamante castigo, y entonces no es menos admirable que cuando se deja guiar hasta el patíbulo sin alegar nada en contra.

Por otra parte, no por recibir un mortal la unción sacerdotal o emitir votos religiosos ha de carecer de los defectos inherentes a la fragilidad humana. Descartaríamos la parte meritoria y lo dejaríamos todo a la gracia excluyendo la cooperación nuestra.

Ambas a una deben levantar el monumento de la santidad: aquella con su suficiencia, es-

ta, la parte humana, con su correspondencia y voluntad, y tanto más alto será y más admirable, cuanto más y mejor colabore la segunda a la influencia de la primera. Por eso mismo nos admiran y llaman a la imitación un Pedro que cae, pero se levanta, y una Magdalena, que del cieno surgió hasta mecerse entre lirios y azucenas.

"Dios odia infinitamente el pecado, sigue diciendo el autor antes citado, y, sin embargo lo permite sapientísimamente, para dejar obrar a la criatura racional según la condición de su naturaleza, y hacer más dignos de alabanza a los buenos, cuando, pudiendo violar la ley no la violan" (Id. L. IX, C. VIII).

Para un varón de armas tomar como don Mauricio, en la vida salesiana, de roce constante con caracteres de tan diversas tendencias, el estallido puede ser frecuente, y se requiere estar sobreaviso, la mano en la dirección para evitar un desvío indefectible a cada instante.

Mas no se crea por esto que por nada o por cualquier tropezón estallara, pues ni habría podido profesar entre nosotros, ni él mismo se hubiera aventurado a seguir un camino en el cual tendría que dar traspiés al sentar la planta. ¡Imposible!

Eso sí, era intransigente cuando se trataba de la Regla o de un artículo de los Estatutos. Era inexorable. Tal vez por aquello de que "El hombre fuerte y el agua corriente, ellos mismos se abren cauce". Nada lo detenía, y vigilaba incansable por la estricta observancia de los Reglamentos. Prefería salir de un individuo, antes que ver conculcado un aparte de esas leyes que retenía escrupulosamente en la memoria.

¡Qué de luchas tuvo que trabar y cuántas amarguras por no ceder en lo que él estimaba deber sagrado.

Sin embargo poseía un corazón blando, y un alma amplia y acogedora. Perdonaba sin reticencias al humillado y con generosidad y lloraba amargamente ante el dolor ajeno; las faltas de gratitud con respecto a la Congregación, los reveses vocacionales, y la muerte de los hermanos y alumnos le arrancaban igualmente lágrimas.

Recordaba con frecuencia lo de Tayllerand a Bonaparte: "Sire, con las bayonetas se puede hacer todo, menos una cosa: sentarse sobre ellas". Pero más que todo eso, tenía presente ante sus ojos el ejemplo de su Fundador, que fué bondad suma, corazón comprendedor, alma de santo.

Ese era, en síntesis, don MAURICIO ARATO.

PUDO HABER SUCEDIDO...

Don Mauricio había nacido en Buttigliera de Asti en 1865, población que muchas veces sintió las palpitaciones del niño Juan Bosco, y contempló en sus rientes campiñas a Margarita Occhiena, y presenció más tarde los prodigios del gran taumaturgo de los Becchi.

Probablemente oiría el pequeño Mauricio en repetidas ocasiones narrar las proezas de Bosco de labios de muchos que lo conocieron, que fueron testigos de sus milagros portentosos, que recibieron un consejo, una palabra, del siervo de Dios.

Con qué gusto escucharía la narración de todo aquello, y cómo penetraría en su alma el amor y la veneración por el pedagogo a quien más tarde tomaría como modelo y padre.

Qué de veces al transitar por aquellos viñedos y caminos imaginaría ver a Juanito por esos senderos mismos en busca de patrón con el atado de la ropa bajo el brazo, o de regreso de la iglesia con un cúmulo de ciencia catequística en la mente, o ya sacerdote, rodeado de chicuelos llenando de armonías prados y campiñas, cual bandada de pajarillos cantores que saludaban al sol.

Buttigliera es nombre que empiedra la biografía del santo Fundador, y la fama de sus vinos ha recorrido la Península, más entonces, no azotada por el vendaval devastador

de metrallas y aviones que barrieron comarcas itálicas enteras.

El amor al campo, a la vida retirada, el sosiego del estudio se le entraron con el correr de los días al joven Arato. El medio ambiente ejerce atracción insospechable en la formación del carácter individual, y nada tan saturado de bondad, de ternura idílica, como el rincón hogareño en que le cupo venir a la vida a don Mauricio Arato, quien por otra parte, poco o nada refería de su casa solariega, de los suyos, de su terruño amado.

El sentimiento que por él experimentaba era netamente interior, para él no más. Hay amores que se sienten tanto más cuanto menos se manifiestan. Cree uno ofenderlos, ajarlos si emplea para ello las toscas frases usuales impotentes para traducir el sentimiento espiritual.

Allí, me imagino, aprendería las primeras letras; las oraciones ordinarias; el gusto por las prácticas de piedad y celebraría el día blanco inolvidable de su Primer Encuentro con el Dueño Eucarístico en la linda iglesia parroquial, de renombre por su arquitectura y antigüedad.

Lo contemplado de niño se graba tan fuertemente en el alma, que ni otros panoramas, ni otros paisajes, ni el tiempo con su correr veloz son potentes a cancelar; no hay esponja ni reactivo que deslustre lo ya impreso por la mano del Hacedor, e impreso paulatinamente, a medida que el mortal crece, y se robustece y se transforma. Antes los años irisan lo estampado en el subconsciente de múltiples colores y tonalidades....

Con razón dijo alguien: "Cuando se lleva en las entrañas la dulzura y la piedad, ama-

sadas con la paciente condición doméstica, no hay en el mundo agrura ni aridez que el alma no trueque en blando y gustoso camino".

De aquí la atención suma que la ciencia coloca en el atavismo, ya por el tronco familiar, ya por el medio ambiente en que se ha nacido y vivido. Y con qué acuciosidad averiguan por ello, y lo sopesan como elemento de formación, que se tiene muy en cuenta en juzgados y tribunales. La ley de la herencia ejerce imperio particular sobre el individuo.

De extrañar no es pues el hondo sentir del padre Mauricio; su sentimentalismo pronunciado; su anhelo de perdonar que lo caracterizaban. Se veía en la conmiseración por los pobres que se llegaban a las puertas de la casa, y hasta en el cariño por los animales. Cómo cuidaba un gallo blanco que teníamos en el corral hasta hacerlo llamar y comer en la mano, y a un lechoncillo que, enclenque y enjuto, privado de un ojo, alimentaba con especiales desperdicios. El animalito sabía el momento y la hora, y apenas podía se escapaba gruñendo en busca del apetecido manjar que no le faltaba.

Son estos brotes de generosidad de corazón, nobleza de alma, heredados de la formación primera, robustecidos luego al calor de la casa salesiana.

Además, como sacerdote y salesiano, "puso un poco de eternidad en el momento para quitar al momento su aguijón". De ahí que lo mirara todo por el prisma de la eternidad, y se remontara al cielo en su obrar y en su pensar y en su decir. No tenía otro móvil.

Sabía, y lo predicaba que "para ser feliz es necesario amar, decir la verdad, permane-

cer tranquilo ante la adversidad, perdonar, acostarse tranquilo y poder decir: hoy no he hecho derramar una lágrima; he domado mi orgullo, mi sensibilidad, mis pasiones. Hoy valgo más que ayer... soy mejor".

Por eso arribó a alturas insospechadas.

SALESIANO DE UNA SOLA PIEZA

Amaba la Congregación como un hijo ama a la madre: entrañablemente. Don Bosco — entonces venerable — era para él ejemplar luminoso, guía seguro en todo y en todas las cosas.

Así lo quería don Bosco; así lo hacía nuestro padre, eso le bastaba para no retroceder.

Estudiaba la vida del Fundador con pasión, diariamente, y noches enteras pasaba sobre un tomo de la escrita por don Lemoyne, hasta empaparse enteramente de ella, y saborearla, y aprenderla de memoria, y conocer hechos, y referir fechas con exactitud pasmosa.

Recuerdo que al morir don Rúa — 1910 — conocedor del *Sueño de la rueda*, escribía a don Albera dos meses antes de la reunión del Capítulo, felicitándolo por la elección a Rector Mayor, basado en el célebre sueño o visión, relatado ampliamente en la vida del Venerable.

Nada se diga de don Rúa, a quien conoció y admiraba. Idéntica cosa de los superiores como don Felipe Rinaldi y don Pedro Ricaldone.

Todo cuanto fuera salesiano tenía para él sabor de familia y valía un tesoro inapreciable.

No conocía otro solar, sino el de don Bosco, y se entusiasmaba cuando hablaba de éste, y derramaba lágrimas amargas al relatar o al oír los sinsabores que el buen Padre ha-

bía probado, en particular con el arzobispo Gastaldi.

Su Congregación estaba por encima de todas las demás: admiraba las otras, refería sus glorias, las elogiaba, pero ninguna como la Sociedad Salesiana, y así lo insinuaba a los novicios y lo predicaba a los salesianos todos: magnífico lo ajeno, pero superior lo nuestro. Por algo es propio, añadía con gracia.

Otro tanto cantaba de don Bosco: de entre los santos de la Iglesia, él, por su género de vida, por sus milagros, por sus *Sueños* o visiones, por su amor a la Virgen, al Papa. Cuando hablaba de su Fundador se tornaba en panegirista elocuente y sacaba a lucir con erudición la biografía del santo con lujo de detalles.

Las obras de los socios como don Francesia, don Cerutti, don Lemoyne, tenían a sus ojos valor real y subjetivo muy elevado. Ante sus novicios pasaban unas en pos de otras las figuras venerandas de un Cagliero, un Costamagna, un Lasagna, un Piscetta y de cada uno trazaba breve biografía, enjundiosa, elocuente, para hacérnoslos amar, encariñarnos con ellos, decirnos que pertenecíamos a una gran familia, noble, elevada, de méritos relevantes ante la sociedad, ante el mundo; que éramos hermanos de varones prestigiosos, al fin como miembros de un cuerpo del cual participábamos como partes indiscutibles. ¡Era sagaz don Mauricio cuando hablaba de la Pía Sociedad Salesiana, y su amor a ella se traslucía en el brillo de sus ojos negros, reflejo de un espíritu superior!

PIEDAD ANTE TODO

La gran característica del padre Arato fue la *piedad*, nota dominante en todas sus actuaciones, y a ella tendía la finalidad de su obrar.

La miraba como la quería el gran obispo de Ginebra: "el octavo sacramento para el sacerdote". Y con razón. La piedad es el distintivo del católico, cuánto más del religioso, y por ende del salesiano. La piedad es la sal condimentadora de las acciones de quienes tienen la misión de acercar almas a Dios. ¿Cómo llevar a otros hasta el sagrario si no se siente atracción particular hacia el mismo? ¿Cómo arrastrar a los pies de la Virgen si no se la ama con ternura filial, como a Madre?

Esos dos amores brillaron como soles en la vida de don Mauricio, al fin como discípulo del más rendido predicador eucarístico y mariano, san Juan Bosco.

A sus penitentes inculcaba la comunión, no solo frecuente sino diaria, y no ya a los adultos, sino a los niños mismos. Quienes se nutren a menudo con las carnes virginales del Dios-hombre, tienen necesariamente que aborrecer la impureza y amar la castidad, decía.

Fueron normas aprendidas de los viejos veteranos que encanecieron al lado del Fundador. Sobre esas bases queda edificada la Sociedad Salesiana, y perseverará en sus fines mientras no menoscabe esos cimientos eucarístico-marianos.

A sus novicios recomendaba visitas especiales al Señor y les hacía penetrar al presbiterio, pues "allí, decía, se percibe mejor el contacto eucarístico. Se entra en la *atmósfera* misma que respira el augusto prisionero del altar". El mismo las hacía de rodillas en las gradas, cerca del Sagrario, y con frecuencia allí rezaba su breviario.

Fuera de esto aconsejaba hicieran muchas comuniones espirituales durante el día. Al subir las escaleras, al pasar de una acción a la otra, etc.... Cuantas veces se encontraba con uno, lo llamaba para preguntarle: "¿Cuántas comuniones espirituales has hecho hoy? No se te olvide. Dirige frecuentes jaculatorias. Cuesta tan poco..." Esta era otra de sus repetidas insinuaciones: "Lanzad frecuentes dardos al Señor, a su santa Madre. Una palabra: Jesús, María..."

¡Qué industrioso era el padre Mauricio para inculcar tales normas!

"Los que realmente aman a Dios son individuos de gran intensidad, perfectamente naturales, totalmente humanos y amadores apasionados. Para ellos el tiempo no es nunca un tedio, sino un tesoro digno de ser procurado ansiosamente con ambas manos y digno de ser útilmente empleado. El mundo, desde la armonía del arrullo de las aves, hasta la majestuosa marcha de las esferas silenciosas, es un rapto y una revelación". Así escribe el padre M. Raymond en *El hombre que se entendió con Dios.*

Todo para ellos sirve de oración. Todo los lleva al Señor. Don Mauricio era de estos. ¡Cómo sabía conducirnos a los pies de la Virgen Auxiliadora! Deseaba que fuéramos, pero allí, lo más cerca de ella, lo más unidos a su

manto azul. "Que la podáis ver, contemplar ese rostro que enamora a los ángeles, percibir esa mirada, saturaros de su presencia".

En la celebración de la santa misa era correctísimo, devoto, edificante... Durante la consagración se detenía algo más, se concentraba, pudiéramos decir, y rezaba los *oremus* en voz alta, perceptible, y abría bien los brazos, al uso *Toledano*.

Nunca fue cantor, y reía cuando hacía alarde de su voz y de lo *entonado* que era.

Sabía llamar la atención a quienes faltaban en las ceremonias, e indicaba cuanto le parecía un desacuerdo con las rúbricas o costumbres nuestras. "Jamás observé esto en los superiores mayores", repetía cuando se le preguntaba acerca de algo inusitado...

Durante los años en que fungía como Maestro de novicios — y fueron los más — rezaba el oficio de rodillas, en la capillita interna. A las dos de la tarde, sin falta, salía de su alcoba para ir a cumplir con este ineludible deber sacerdotal.

Varón arrancado de un antiguo cenobio predicaba con la palabra y el ejemplo a diestro y siniestro, acerca del *sentido de la responsabilidad*, y de manera particular a los asistentes y maestros a quienes exigía estuvieran en su puesto a la hora precisa sin buscar excusas para eximirse. Y predicaba que ello era cuestión de conciencia y lo consideraba materia de examen, algo inherente a la religión, distintivo de quienes se entregan al magisterio con voto, y más del salesiano. Qué de faltas las que pueden evitarse y cuántas gravan la conciencia del descuidado en este punto capital. Además, revela en quienes han adquirido el hábito de esa responsabilidad, deseo de perfección, conciencia recta, intención pura.

Andar, orar sin ofender a los demás, tal como lo hacía don Bosco: era su tema. A qué ese bisbiseo propio de beatas? Debe obrarse varonilmente, sin torceduras de cuello, sin suspiros prolongados que denotan cansancio... A la comunión enseñaba que se acarcaran con las manos ante el pecho, no con los brazos cruzados. Y después, recogerse, pero sin aquella extremada agitación de algunos que gesticulan, se toman la cabeza a dos manos y rezan a media voz, cosa que don Bosco mismo reprochaba a su amigo Comollo. El efecto ha de ser interior, del alma. Que se establezca íntima comunicación del espíritu con el Amado, y le narre sus cuitas, y le pida sus gracias.

Como se desprende de lo anteriormente relatado, amaba la mortificación, y sabía buscar las ocasiones para abrazarse con ella. Un alimento no bien sazonado, un bocado amargo, una comida sencilla, una cama dura, todo eso lo tomaba sin chistar, como si nada fuera. Para mí tengo que usó de disciplina, no porque me conste, sino por la frecuencia con que hablaba de ella y la aconseaba. Repetidas veces le oí decir que algunos no se salvaban sin este medio indispensable... Ello lleva a pensar que un varón tan austero, tuvo que usarla, ajeno como era a las diversiones demasiado ruidosas.

Sin embargo gustaba de que sus novicios y salesianos jugaran, estuvieran alegres, frecuentaran el teatro y hasta representaran. Cómo se esmeraba particularmente porque durante los ejercicios espirituales, el personal, en especial el que venía de otras casas, disfrutara de mejor mesa, y días antes hacía disponer convenientemente la casa, la capilla, los dormitorios, las celdas.... que todo se presentara limpio, digno.

"Este grano de sal sin el cual la vida no vale la pena de ser vivida, dice Palacio Valdés en su *Testamento Literario*, se llama *caridad*. La felicidad no la constituyen los goces que se añaden unos a otros y unos a otros se destruyen, sino una alegría que llena el corazón entero... Esta alegría no se encuentra en los sabios y los artistas, si no en el que ama y espera. Busca la felicidad y la encontrarás con la moralidad nos decía la filosofía antigua. O busca la moralidad y la encontrarás con la felicidad".

Y ¿dónde mejor hallar esto que en la vida religiosa, máxime en la salesiana, toda im-

pregnada de goces castos, de alegrías exentas de mundanidad? Y así los otros institutos religiosos. Don Mauricio tenía un corazón de madre compasiva, bajo la capa y apariencia de austero papá.

Hijo de hogar acomodado, amaba la pobreza como hermana inseparable a fuer de salesiano e imitador de don Bosco.

Al cambiar de casa no llevaba sino la ropa de muda y su breviario. Un papel le servía para envolver todo su ajuar. Así vino de Europa, así pasó de Bogotá a Mosquera y de ésta a Arequipa. — ¡Libros!... pues en la casa a que me destinan los encontraré.

¿Verdad que pasma un desprendimiento semejante? Y no exagero. Sentiría él dejar los textos que necesitaba para sus sermones; sus manuscritos, si los tenía... ¡Quién lo duda! El hombre se apega a cuanto le sirve, más un sacerdote a los libros, que son como arsenal para sus pláticas, el arma indispensable para cumplir la misión de anunciar la Buena Nueva... Pero en ello estriba el mérito enorme de este hijo de don Bosco. Si no sentía afecto por lo que dejaba, o era un ser inerte, o carecía aquello de mérito. Pero, ¡ser inerte, insensible el padre Arato que sentía en lo vivo el desdén, y estallaba a veces por una contestación mal dada, o lloraba como un niño cuando alguien en quien había fincado esperanzas abandonaba su vocación!

Varón sensible, temperamento sanguíneo-bilioso, domaba sus ímpetus por más que dejara conocer su indignación con una mirada relampagueante o una frase fuerte, no descomedida. Cuánto le debería de costar ese desprendimiento: trocar una cama muelle por el lecho duro del noviciado.. Dejar una ciu-

dad para encerrarse en un pueblecito, despedirse de una surtida biblioteca para ir a mendigar un libro allí donde apenas si había los indispensables... Venir de Europa a América, pasar de Colombia al Perú... cosas son que se narran en volandas, pero que si nos adentramos en lo que significan, pesamos su valor y les damos el debido precio ¡pasman y admiran. Ahí estriba el mérito adquirido por este servidor de las huestes salesianas.

Lo constatamos nosotros, encariñados a este o aquel volumen, a este o aquel sitio, ocupación, objeto... con qué dolor abandonamos los libros que nos son tan conocidos, y de los que sabemos las páginas en que hallaremos el trozo para determinada ocasión, y tenemos señalados en él los párrafos que más nos han cautivado. ¡Cuánto le costaría al buen padre dejar esos amigos del alma, sobre todo a un predicador, tan necesitado de consultar determinadas obras!

Pero, a qué ahondar en esto si estamos plenamente convencidos de que nuestro corazón es el órgano más antojadizo, el que más fácilmente se aferra a veces a bagatelas de las cuales nos debemos desprender pero dejándolas tintas en sangre? Pulsemos el nuestro, y valoremos el de este veterano dotado por la naturaleza de un temperamento sentimental en extremo. Vale tanto conocer para apreciar.

La puntualidad es una virtud religiosa que encierra muchas otras, como el vencimiento propio, el posponer su modo de ver al mandato de la Regla, a la voz de la campana, a la orden superior, y esto en todos los actos del día, y una hora tras otra, sin interrupción, no solo en lo que nos guste, sino en todo. De ahí que nada adorne más la vida de un religioso

como la puntualidad. Nada como ella enaltece tanto, pues nos lo muestra hacendoso, activo, inmolado, cumplidor... Por el contrario, un religioso incumplido nunca lo tendremos por perfecto: es mancha que afeará sus actos y arrojará lodo a su vida por activa que ella sea. Con razón don Mauricio inculcaba la puntualidad *opportune et importune*, en todo y siempre. La consideraba como el aceite de las vírgenes prudentes, listo en la alcuza. Así lo hallaría a él la muerte.

Era riguroso con respecto al silencio de la noche que llamaba *sagrado*, y lo consideraba preparación a la santa comunión. Tan vigilante era en esto que recorría la casa para evitar infracciones y cortar abusos. Se llegaba a las celdas, dispersaba a los contertulios, si los había, pasaba revista a las clases y estudios, y no permitía trabajo alguno no indispensable a esas horas, pues quienes trasnochan, decía, y con verdad, son luégo remisos para ir a la meditación y a la santa misa. Exigía que se levantaran a tiempo, y, conocedor de los remolones, iba él mismo a darles el *Benedicamus Domino* y se retiraba solo cuando le respondían *Deo gratias*.

Cómo recalcaba sobre el cumplimiento de estos puntos. Somos religiosos, y sin piedad, sin cumplimiento de los deberes que nos impone la Regla no alcanzaremos nuestra perfección. Lo demás lo consideraba él como ayuda, medio para el gran fin: llegar a ser santos.

De aquí su acuciosidad por la *cuenta de conciencia*, que exigía sin remisión. A quienes no la daban espontáneamente él mismo iba a tomársela, o en los recreos, o en los talleres, o llamaba a la Dirección. Daba a esta

práctica importancia capital, como lo recalca la Circular última expedida por el actual Rector Mayor, don Pedro Ricaldone. Allí se desvanecen muchos prejuicios, se despejan muchas incógnitas, se conocen dirigido y dirigente y se cortan abusos. La voz de la campana lo encontraba listo en su puesto, como soldado de trinchera: arma al hombro, dispuesto a todo. Así se acostumbró desde joven al lado de varones diestros, como los que fueron sus maestros: todos grandes, todos salesianos completos.

Jamás se quejaba de nada, y nada le parecía duro.

Sumiso como niño, acataba las órdenes superiores con la docilidad del hijo y la obediencia del militar. Y cumplía sin regateos.

Recordaba lo que alguien escribió: "El hombre, como las aves que se detienen en los árboles para emprender el vuelo, no ha sido colocado sobre la tierra para ser cualquier cosa, sino para prepararse a ver a Dios y para poseerle y comprenderle y se eleve perfeccionándose, subiendo a las alturas de la virtud. Fuera de esta elevación, no es meritorio ni moral. Cincinato era grande aún conduciendo los bueyes. Sigue siendo grande frente a los invasores, continúa siendo grande cuando, cumpliendo con su deber de ciudadano, abdica un cargo que le embaraza y torna a su rústico trabajo".

Con esta indiferencia misma recibía el padre Arato la orden de cambiar de casa u oficio, de residencia o Inspectoría.

PREFECTO

Lo conocí por primera vez al entrar yo al León XIII en 1909. Tenía a su cargo la disciplina del plantel, veía por la limpieza de la casa, vigilaba el personal del servicio, lo concerniente a alimentación, gastos, manejo del dinero...

Un prefecto entre nosotros, es como si dijéramos, el administrador general. Hoy lo coadyuvan algunos agregados que supervigilan determinados asuntos: entonces, sin personal suficiente, lo hacía todo él.

Entre el alumnado tenía fama de santo, y hasta narraban prodigios obrados por él. Ignoro hasta dónde llegara aquello, pues, juguetón como lo era yo en demasía, brincar y correr me interesaba más que meterme a averiguar cosas ultraterrenas.

Todos le temían al paso que lo respetaban. Pasar una fila ante él, era como desfilar un batallón en marcha de parada ante su jefe en día de revista. Qué respeto y qué silencio.

Cuando iba a leer las notas semanales, cosa que se hacía en el viejo comedor de aquellos años de acomodo, en los que se nos daba por desayuno agua de panela con un pan llamado *mogollo*, reinaba la compostura más exquisita: solo se oía el ruido de las fojas del libro en que se anotaban las calificaciones. Jamás he conocido un prefecto tan respetado, por lo mismo que se le estimaba, como el padre Arato.

Estaba en todo: iba a los talleres, al huerto,

El antiguo León XIII, como lo conoció el padre Arato.

a la despensa, a los comedores. Amaba la limpieza y la hacía observar escrupulosamente. Revisaba platos y cucharas, muros y pisos, y llamaba la atención a quienes correspondía.

— "Nene, — era su palabra favorita — mira, quita esas cortinas (las telas de araña). Limpia este plato. Ve, esto se coloca así.... se dispone, se lava de esta manera"... Decía y ejecutaba. La clase era objetiva, práctica.

Le repugnaba la suciedad, y no toleraba manchas ni en sus prendas personales, ni en los altares, ni en lugar alguno. Y tal quería fueran los demás. Pulcro, correcto, sin mañas feas, sin defectos visibles que repugnaran...

Vestía pobre pero decentemente, y cuando lo traté en el noviciado, admiraba observarlo diariamente cepillo en mano, limpiando la sotana o lustrando los zapatos. La alcoba modesta, sencilla, apenas con los libros de consulta que traía vez por vez de la biblioteca, la barría él mismo, como el frente del corredor.

Cuando fue director del León XIII vestía de prestado: sotana, interiores, zapatos, eran regalo del entonces delegado apostólico: a honra tenía usar aquello, y lo llamaba *lujo*.

El calzado le quedaba un poco largo y corría entre los alumnos la conseja de que cuando el padre salía del colegio las puntas de los zapatos asomaban en la plaza de Bolívar — cuatro cuadras de distancia —. Y así se mantuvo siempre, pobre, pero pulcro, decente, limpio. Yo imagino que así era con su alma. Nada superfluo, ajeno como era a la ostentación, declamaba contra los objetos de relumbrón, el peinado acicalado, los perfumes y afeites. Cuánto esmero pondría en su pureza interior, en el ajuste de su conciencia, en la recta in-

tención de la que hablaba a menudo. No se explica de otro modo su acuciosa persecución a todo lo manchado.

Era todo un maestro de verdad: no se contentaba con insinuar, ejecutaba. A sus novicios les enseñaba los primeros días a asearse, a usar las letrinas, a cerrar y abrir las puertas, sin estrépito, moderadamente. Somos educadores, y mañana vosotros tendréis que servir de asistentes, de maestros, y al salir de la celda al dejar el dormitorio, los alumnos no deben darse cuenta de ello. Por eso aconsejaba obrar calladamente, sin ruidos perturbadores, sin sacudidas, sin carreras.

PLASMADOR DE RELIGIOSOS

Formar. Qué hondo significado entraña este vocablo. Un artista forma en su mente la obra maestra antes de trasladarla al lienzo o al papel, burilarla o plasmarla, y eso sujeto a reglas, a cánones, a medidas...

Formar religiosos, ajustar vidas hechas a otras modalidades y troquelarlas según la regla del Fundador, es lo más grande y noble que concebir se pueda.

La Iglesia exige dotes particulares a quien se destina a ejercer este cargo, y le pide cualidades, le fija edad, le exige perfección, santidad.

Todos los institutos religiosos dan a quien cumple con este cargo el nombre de *maestro de novicios*. Bien sabemos cuánto encierra esta palabra: un maestro preside, enseña, encauza, dirige, endereza...

Así quiso llamarse el pedagogo por excelencia, Cristo Jesús. El *maestro* lo llamaban sus discípulos y ese nombre lo decía todo.

Don Mauricio Arato desempeñó este oficio en gran parte de su vida salesiana. Parecía venido a la existencia para eso. Así como cada mortal tiene un fin que cumplir dentro de su profesión, él tenía este de formar religiosos salesianos.

Quienes fuimos sus novicios, no podemos olvidar sus eximias enseñanzas, ora en los co-

loquios particulares, ya en las conferencias como en las clases de religión, historia y pedagogía.

De ellas se valía para hacernos conocer, apreciar y amar la carrera que íbamos a abrazar.

Nada se diga de los clérigos, llamados a la dignidad sacerdotal y a quienes incumbe vigilancia particular, como maestros que han de ser en Israel, y conductores de almas... Sin embargo, cómo sabía valorar la misión menos elevada del coadjutor salesiano, maestro también en un taller, en una clase, en un oratorio festivo, en una cocina, en una despensa, en el campo agrícola. Para todos tenía la voz de encomio, el consuelo que enruta, la alabanza por la dignidad a que estábamos llamados: cooperadores con Dios y de los sacerdotes en la educación e instrucción de la juventud.

Seréis miembros todos, de una Sociedad que cuenta entre los suyos jerarcas de la Iglesia, sacerdotes virtuosos, letrados conspicuos, santos.

Vais a entrar a formar parte de una familia que, si joven en los fastos históricos, ha escrito páginas admirables como evangelizadora de pueblos, como educadora. Tinta en sangre de mártires luce su túnica, el mejor adorno que ostentar pueda en su veste inconsútil. Entre la púrpura cardenalicia, birretes y cruces episcopales, brilla la blusa del jefe de taller y el arado del agricultor como signos de trabajo, no menos nobles y estimados en las modernas sociedades, incrementadores de civilización. Según Ganivet, "en el hombre lo de menos es seguir estos o aquellos estudios, dedicarse a esta o aquella profesión;

lo de más es ser hombre, y para serlo hay que tener encendida la fragua", es decir latente el ideal, pura la intención, obrar, obrar cada cual de acuerdo con su estado.

Tan salesianos son nuestros humildes coadjutores, sea cual fuere su ocupación, como el letrado insigne que dicta cátedras en la universidad. A todos cobija ese calificativo que decorará sus tumbas: *salesiano*, heredado del Fundador.

Somos de ayer, y ya en los cinco continentes se levantan colegios soberbios o humildes hospicios bajo un mote: *salesianos de don Bosco*.

Por eso el mundo ama tanto a esta Sociedad, por el espíritu trabajador de sus hijos, legado del Padre. Pero trabajo santificado por la oración, ennoblecida por el sufrimiento. Antes de obrar, el salesiano ora y medita, esas son las primeras palpitaciones de su alma. Antes que la mano empuñe el instrumento material, el corazón se ha elevado a Dios, los labios han implorado luces de lo Alto, y la sagrada Eucaristía ha venido a reforzar la mezquina naturaleza humana.

Estas eran las lecciones que dictaba con sencillez encantadora, entre chistes y narraciones edificantes, el *Maestro de novicios* don Mauricio Arato.

Se había hecho sacerdote para llevar almas a Dios; había ingresado en la Sociedad Salesiana para santificar a cuantos educandos se le encomendaran: ese era el hito de su obrar. Por eso le cupo en dote la ocupación excelente de maestro de novicios, cargo de por sí netamente forjador de almas, plasmador de santos, perfeccionador...

Si contempló a muchos en el ápice de los

anhelos por él acariciados, tuvo la pena de constatar deserciones y reveses que llevaron hiel a su existencia y acibararon sus días, pero que jamás lo desanimaron. Puso su confianza en Dios, la mano en el timón, y continuó bregando y lanzando la red en busca de presa... ¿Obtuvo esta tal como la deseaba? Ya lo hemos dicho, pero a nosotros corresponde sembrar, al Dador supremo hinchar la simiente y hacer surgir las plantas.

Todavía quedan supervivientes de esos años memoriosos, y recuerdan complacidos las horas de placer tanto más felices cuanto más lejanas. El tiempo aureola con luz de eternidad un pasado glorioso.

En aquellos bancos duros y toscos; en locales ajenos a las actuales comodidades, antihigiénicos, talvez a juzgar por las leyes hoy emanadas, con ladrillos por baldosas, aprendimos la Regla, "el termómetro de nuestro adelanto o retroceso, el código por el cual seremos juzgados en el tribunal supremo", como nos decía el padre Mauricio.

En aquella cátedra sin tarima, una mesa sencilla y a la luz de una lámpara de petróleo, qué de cosas tan luminosas como el sol, tan claras y límpidas, tanto más creíbles y dignas de fe cuanto más pobre el ambiente en que fueron dictadas. Vale inmensamente más lo que se enseña con el ejemplo que lo meramente oral. "Obras son amores y no buenas razones", reza el refrán castellano.

CONFESOR

Elegir un padre espiritual y encontrar el que el alma necesita, es una de las grandes gracias que el Señor puede otorgar a sus elegidos. Como tal la consideraba Teresa de Jesús, y bregó lo indecible hasta hallar uno como lo deseaba, y solo entonces constató el adelanto en la ascensión hacia el hito a que aspiraba.

¡Cuántos divagan de puesto en puesto hasta topar con este auxiliar y descansar de veras!

Don Mauricio fue estimado siempre como director de conciencias. Mientras fue maestro de novicios, confesaba a estos hasta que los nuevos cánones lo vedaron. Familias enteras de Bogotá rodeaban su confesonario cuando residía en la capital, y fuera de religiosas, el presidente de la república, don Marco Fidel Suárez, acudía a obtener de él perdón de Dios.

Un caso curioso aconteció al respecto: Era portero del colegio el señor David Anguilari, viejo salesiano que había servido de enfermero por veinticinco años en Sarriá (Barcelona), cuando una tarde, cerradas ya las puertas, golpeó un señor en busca del padre Director. "No recibe a estas horas", fue la respuesta, ya que el padre se daba a sus salesianos, o se entregaba a preparar clases y correspondencia. Importunaba el recién llegado, y el portero en sus trece, hasta que por fin le pregun-

ta éste que a quien anunciaba. "Al presidente de la república", fue la respuesta. Oír esto, abrir la puerta, quitarse la cachucha y hacer mil inclinaciones demandando perdones, todo fue uno. Y así lo acompañó hasta la Dirección. Años después, todavía relataba el señor Anguilari la anécdota haciendo gestos, y repitiendo: la hice gorda, la hice gorda.

Puntualísimo al confesonario como lo era en lo demás, se le veía todas las mañanas en su puesto indefectiblemente. Era una de sus caracterísicas.

Fue siempre severo en cuanto a exigir el cumplimiento del deber, aunque atenuara a veces las órdenes, y las diera bromeando, ya con juegos de palabras, ya hablando a la usanza del pueblo cundinamarqués, ya en medio sátira... Pero para él no existían curvas. La vía recta era la mejor. La Regla, los Estatutos, las Circulares de los superiores, las normas del Fundador... De ahí no lo apartaban. Por eso sufrió no poco y tuvo hasta que derramar lágrimas.

Ocupó el puesto de director en España; y Utrera, Cádiz, y Sevilla eran nombres que acudían con frecuencia a sus labios.

Se deshacía en lenguas al mencionar la casa de la Santísima Trinidad de esta última ciudad y con gusto relataba el sitio en que estuvieron cautivas las dos hermanas Justa y Rufina, como el vasto osario que allí conservaban los Trinitarios, habitadores de aquella mansión, siglos antes de ocuparla los salesianos.

Ignoramos las labores del padre Arato en el hogar hispano. En todo caso lo traía retratado en las retinas, y no olvidó jamás aquellas tierras hospitalarias, testigos de su formación, y campo primero de su ministerio religioso y sacerdotal.

Era español de corazón, y conservaba todo el vocabulario de la patria de Isabel y Fernando. Le gustaban los términos netamente

castizos y hasta discutía sobre ello con propiedad.

También ocupó este cargo en Mosquera, cuando aquella casa se iniciaba, y el viejo solar se iba adaptando a las circunstancias, ora derrumbando tabiques, ya levantando paredes.

Vendrá bien decir algo acerca de esta casa tal como la conocimos, y eso que ya los nuestros habían mejorado mucho la antigua construcción.

Amplia y grande, era mansión de los esposos don Lorenzo Fonseca y doña Conchita Rico, que la heredó de su padre don Ciriaco. Sin hijos, al morir la señora la dejó al marido con la condición de que la donara al fallecer a una obra piadosa. Don Lorenzo quiso entregarla para los leprosos, pero don Silvestre Rabagliati, hermano del padre Evasio, mediante la intervención de doña Dolores Groot cuñada de don Lorenzo, consiguió que fuera para el noviciado. Don Lorenzo se reservó una alcoba en la parte alta, y allí murió auxiliado por los nuestros que lo miraban como a un padre.

Las poquísimas vocaciones que reventaban como botones en jardín agreste, (de fuera en su mayoría si bien años atrás, de 1894 a 1902, abundaron las nacionales), había que cultivarlas con esmero y las necesidades lo impedían. A tanto se había llegado, que en épocas mejores, de más desahogo, aspirantes y novicios con profesos, hacían el recreo en común, y en común iban a las prácticas de piedad.

En cuanto al edificio, cómodo y suficiente para una familia, era incapaz como albergue colegial o noviciado. Los salesianos fueron arreglando la casa según las circunstancias.

hasta que por los años de 1917, el padre Bertola entonces director de la misma, comenzó con el arquitecto don Juan Buscaglione a levantar un segundo piso sobre la planta baja, demoler lo que hacía de gallinero y cocina, y construír un salón, abajo para servicio de comedores, arriba para dormitorios. De entonces arranca la transformación de ese solar salesiano.

Los servicios higiénicos eran algo lamentable, se comprende, pues no es lo mismo atender a unas pocas personas que preparar sitio de esa clase para toda una comunidad, y por ende para niños y jóvenes. Don Mauricio vigilaba con esmero la limpieza de esta parte tan indispensable de una casa de educación, y cuando urgía la necesidad de asearlos, llamaba al encargado de turno diciéndole: "— Nene, dale agua a los *moros*", o "Echa de beber a los *moros*".... Ya se sabía de qué se trataba.

Esos primeros años fueron de tesonera misión, de siembra lenta, penosa, que no siempre daba resultados opimos: todo lo contrario. Cuántas desilusiones encontraron los superiores tras bregar ímprobo, cuando mesa y lecho eran duros y escasos...

A todo se hacían los moradores del agreste solar, en particular sembrando, abonando, aporcando, hasta culminar en el florecimiento actual que, si no satisfactorio en absoluto, ante las necesidades cada día mayores por el ensanche de la obra, al menos da margen y promete bonanza.

Callamos los años primeros de la fundación de Mosquera, en los cuales trabajaron como zapadores incansables varones del temple de un don Silvestre Rabagliati, don César M. Cé-

sari, don Rodolfo Fierro Torres... Fueron ellos quienes fijaron las bases de ese que fue noviciado, aspirantado, filosofado... Un día alguien relatará las gestas de aquellos generosos beneméritos varones.

Allí, en esa población, se edificó el primer templo dedicado a María Auxiliadora en Colombia, más tarde erigido en parroquia a órdenes de los nuestros. Hoy lo reconstruye sobre planos del arquitecto salesiano don Constantino de Castro, su actual párroco, el padre Miguel Müller. A los salesianos les cupo también construír el cementerio de la población, pues antes había que ir hasta Funza con los anejos inconvenientes. Mosquera debe mucho a la Congregación, y también ha sido mucha la ayuda recibida allí de almas buenas.

En esa casa recibió don Arato a los aspirantes, ayudado por el actual Inspector, padre José M. Bertola, entonces consejero de estudios, quien encauzó la enseñanza por los derroteros que debía.

Don Mauricio fue además Director por tres años del Colegio de León XIII en Bogotá, cargo delicado de por sí y por tocarle reemplazar a quien se llamó Don Jacinto Bassignana, que dos veces Director de esa casa y dotado como pocos del don de gentes, al salir dejaba profunda estela de simpatía y afectos.

Llegó don Mauricio con su bagaje ordinario: en el exterior una muda de ropa, algunos apuntes y el breviario; en el interior su caudal de celo, de salesianidad y de desprendimiento. Si años atrás, como prefecto encargado de lo material, había sido el eje de la piedad qué no buscaría ahora, como Director, padre espiritual de la casa. Para los hermanos, la espiritualidad, la observancia exac-

ta, la cuenta mensual de conciencia. Para los alumnos la piedad, la frecuencia de sacramentos. Para los maestros externos la exigencia a que cumplieran su contrato en lo referente a prácticas de la vida cristiana. Para toda la casa la puntualidad en el horario, la enseñanza asidua del Catecismo, el ir cortando cualquiera infracción al Reglamento.

Pero hizo también uso de su autoridad para otra cosa, para cargarse a menudo con lo más pesado. Daba clase regular y en cursos inferiores. Tomó para sí todas las misas tardes, entre ellas la de doce en la catedral, privilegio singular que desde entonces quedó para los salesianos. El dejar a otro los papeles de lucimiento, el asistir en recreos y al formarse las filas, el reemplazar a cualquier asistente enfermo o ausente, eran parte de su vida ordinaria. Eso en casa, y fuera de ella el prestarse al ministerio de las confesiones, pero preferiblemente en asilos y en hospitales, sobre todo en casos difíciles, como en una epidemia de tifo, durante unos meses del año 1920.

Tocóle hallarse en el Cogreso Mariano del año 19, y para que todos gozaran de los actos más solemnes, durante ellos se quedaba cuidando la casa; en cambio madrugó por varios días, a fin de celebrar su misa a las tres de la mañana ante la imagen coronada de Chiquinquirá. Tocole hallarse también al iniciar la reconstrucción del Carmen, y allí hizo lucir su virtud, por una serie de dificultades que surgieron al paso. También le tocó la enfermedad y muerte del inolvidable padre Aime, y cómo multiplicó entonces sus desvelos para el enfermo, y cuánto sufrió en su muerte. Recuerdo que el día del entierro,

Por esos corredores y patios, qué de veces pasó haciendo el bien don Mauricio Arato.

rendido como estaba tras varias noches de no dormir, y traspasado de pena, tomó para sí la misa del funeral, que vino a resultar como a la una de la tarde; y de allí salió a acompañar los despojos del padre hasta Mosquera.

Y tocóle otra circunstancia, en que se mostró más que nunca, hasta donde llegaba su temple de alma: el hacer cumplir una orden recibida de su Inspector don Aime (un año antes de su muerte), sobre suprimir una vacación que venía concediéndose durante el curso, con ocasión de los centenarios patrios que se habían festejado en esos años. La cosa tenía que contrariar duramente a los alumnos, y a una parte del personal docente por cuanto perdía esos días de descanso; hasta dió lugar a un conato de rebelión en un sector de los alumnos, y hubo no pocas críticas para el Director.

Otro menos sacrificado hubiera entrado previamente en alguna componenda, o se hubiera escudado manifestando en público que no hacía sino cumplir la orden expresa de su superio. Pero don Arato prefirió echar sobre sí la responsabilidad íntegra del caso, limitándose a demostrar los males morales evitados con suprimir esa salida de los alumnos, y celebrar en cambio una fiesta religiosa lo más acompañada de regocijos que le fue posible.

Los de buena voluntad que permanecieron de parte de su Director, no pudieron menos de admirar ese carácter, que sin inmutarse aparecía entonces idéntico, el de todos los días ante sus hermanos y alumnos.... Mientras a solas se desahogaría con su Dios. Así son los caracteres de una sola pieza, se rompen, se despedazan pero no se doblegan ni se curvan.

Viejo castellano, semejaba un don Sancho Jimeno a quien audaz aventurero, con nutrido ejército, cerca en la fortaleza que defiende el español con solo diez hombres. "Muerto me tendrás en tus manos, pero mientras tenga una espada con que defenderme, lo sabré hacer". Rota esta, y al ser sorprendido, admirado su contendor ante el valor español, manda a los suyos que le ciñan la espada que él, desprendiéndose de la propia les entrega, "pues" dice, un valiente no puede parecer indefenso".

En las luchas se conoce el hombre. No es poca cosa echarse encima toda una colectividad, ni seguir impertérrito sabiendo uno que su proceder es impugnado. Permanecer igual sin inmutarse, sin contraer siquiera el ceño, indicios son de un temple diamantino, de una voluntad nada común.

Así era él. Castellano tozudo.

EXCELENTE SUPERIOR

"El arte de gobernar amasado está de prudencia y de bondad: mas si aquella modera y dirige las virtudes, es la segunda la que siempre se adueña de los corazones", dice don Ricaldone en su circular *Il Rendiconto*.

Un buen superior no es el que manda cuando sabe que el personal, dócil y sumiso, le obedece, o se hace obedecer por medio del rigor...

Un buen superior es el que sabe corregir para evitar transgresiones e impedir abusos que luego van sentando plaza y para desarraigarlos cuesta luchas formidables.

Buen superior es el que transforma el personal de regular en mejor; encarrila a los díscolos, suaviza a los revoltosos, y hace entrar por el camino llano del deber a los difíciles.

Buen superior es el que sabe conducir a los celosos, impulsarlos en sus iniciativas sin cortarles las alas en sus empresas de acción, y trueca estas gratas a Dios.

Mucho tino se requiere para una y otra cosa. Cortar sin que duela ni hiera, suavemente, cuán difícil. Impulsar, alentar, animar, sin envanecer, sorteando los escollos que surjan, tan frecuentes en las obras de actividad, no es lo menos, si es que no se requiere mayor, y por sobre todo ser luz y poder decir a quienes se manda, "haced como yo", es de grandes varones.

Mucho de esto procuró ejecutar el padre

Arato como maestro de novicios y como Director. Ello no más es un gran elogio a su persona, y merecido.

Ya practicaba lo que dice en su reciente Circular citada don Pedro Ricaldone. "En la comunidad religiosa, el primero en autoridad no debería ser el segundo en la observancia y en la santidad. Los religiosos, que por vocación tienden a la virtud y a la perfección, saben ordinariamente, distinguir y bien, las virtudes verdaderas y sólidas, de las aparentes y falsas, la perfección superficial de la real y profunda. La obra del director quedaría frustrada desde el momento en que se observaran en él faltas y desviaciones respecto de la santidad de la vida. Colocado en alto, todas las miradas están puestas en él para observar cada una de sus acciones, si posible fuera. Y no se crea que lo observan solo para criticarlo: hay que reconocer, por el contrario, que en la mayoría existe el vivo deseo de imitarlo. Es inevitable por lo tanto que en quien está colocado en el candelero, son visibles no solo las virtudes, sino también los defectos".

Place decir que don Mauricio Arato en todo su obrar tendía a Dios, a la vida interior, a la unión con el Señor. Y eso aspiraba hicieran los socios a él encomendados.

Ante todo la perfección, la santidad, era su norma, después lo demás. Los estudios el trabajo, las ocupaciones ordinarias, son medios para el gran fin: la santificación del alma.

Hagamos santos a los jóvenes que el cielo nos confía. Enseñémosles, y mucho, pero por encima de todo eso el camino de la virtud, el modo de llegar a la conquista de las pasiones.

Le agradaba sobre modo tener en casa a un hermano enfermo a quien los trabajos de la vida salesiana hubieran incapacitado para continuar en la brega cotidiana, pues, ellos, los enfermos, nos traerán inmensas bendiciones" y con qué amor los regalaba, y sin escrúpulos pueriles los complacía y ayudaba.

En Bogotá fue don Narciso Sabugo, joven estudiante español, buen poeta, a quien la tuberculosis postró en cama por varios años. El padre Arato lo visitaba con frecuencia, lo mimaba, lo atendía, sin que le demostrara asco alguno ni temores ante el mal y el contagio...

En Mosquera sufrieron de lo mismo el coadjutor Honorio Calderón y el padre Herman Weber, y el comportamiento del padre Arato fue el mismo. Y téngase en cuenta que los atacados por esta grave dolencia sufren y hacen sufrir. La neurosis se exalta por nada, cualquier cosa les desagrada y hiere... Paciencia suma se necesita para tratarlos.

Don Mauricio con "San Juan Bosco, no extrañaba los defectos que brotaran, ni el retroceso, ni aún las caídas y recaídas. También el agricultor siembra fatigas y sudores bajo la amenaza de que una invernada inesperada o una granizada destructora arruine en un segundo la mies y los frutos en los cuales había colocado sus esperanzas. Es Dios quien da el incremento: es él quien sabe cuándo y cómo deben madurar los sembrados". (P. Ricaldone).

SENTIR ES VIVIR

El sentimiento es propio de almas nobles y corazones sencillos. Sentir lo bello con toda intensidad solo es dado a quienes conservan límpido el espíritu, sin velos que empañen la obra maestra del Creador, y esta se ostenta pujante y magnífica en cuanto rodea al hombre y lo circunda, hasta exclamar con el Salmista: "Los cielos narran la Gloria de Dios, y la obra de sus manos la anuncia el firmamento". Por eso todo maestro es poeta y canta en prosa o en verso los portentos del Eterno tangibles en plantas y animales, aguas u ocasos, auroras y atardeceres. Y cómo cautiva el campo a quienes ven a Dios en todo, desde la humilde hierba hasta el árbol corpulento que esconde su copa en las nubes. Cómo llama la atención de quienes han nacido en él ver a un gañán rompiendo la tierra con el arado o sembrando la semilla; o recolectando las mieses. Más aún, los conmueve y admira la robustez de los mozos, los colores rozagantes de la tez, la fuerza hercúlea de sus brazos, su frugalidad, sus hábitos de trabajo, su vivir, en fin, tan viril, tan sencillo sin amaneramientos ni ficciones.

Eso observábamos en el padre Arato cuando salíamos a paseo por aquellos campos mosquerunos, El Balsillas, San José o Siete Trojes.

Cuando las sementeras se hallaban en descanso, y el jaramago invadía predios y matizaba de verde y oro todos los contornos, el

padre Arato se remontaba fácilmente de aquel espectáculo a regiones suprasensibles, y al cielo iba a concluír, pues si la vista de los floridos terrenos complacía y deleitaba cómo serían los jardines celestiales plantados por la mano de Dios mismo para recreo y embeleso de sus elegidos. De allí tomaba ocasión para hermosas meditaciones que sabía trabar sin hacerse pesado, antes amenizaba con ellas las caminadas por los polvorientos senderos sabaneros, no recorridos entonces por automóviles ni camiones, a lo sumo por peatones o por uno que otro jinete de a caballo o en asno, como distracción en medio de la noche que se avecinaba al regresar nosotros a casa.

Tardes inolvidables que a más de uno se nos antojaban las de los discípulos de Emaús en compañía del Maestro, embelesados aquellos por la amena y adoctrinadora palabra de quien los instruía.

Así las haría don Bosco con sus primeros alumnos al atravesar los campos de los Becchi y Buttigliera, Capriglio y Moncucco, con el ánimo de hacerlos suyos, los continuadores de su obra y de su espíritu.

El campo encierra un mundo de enseñanzas objetivas a todos cuantos lo observan desapasionadamente, y conocen a fondo los cultivos y han trajinado con los artefactos de labranza, y saben que de allí brota el pan que mata el hambre material, y la blanca harina que se trocará en hostia, para ser el cuerpo de un Dios, y saciará las hambres del espíritu y restaurará las fuerzas del alma y dará alientos para atravesar sin desfallecer los arenales de la vida.

Ricos y hermosos trigales veíamos en los

alrededores de Mosquera, promesas en sazón, no menos que surcos abundantes de papas prometedores de cosechas suculentas y recolección abundosa.

Si la pequeña simiente del trigo no se sotierra, nunca veríamos aquellas doradas espigas balanceándose por el viento de la tarde, de la manera misma que jamás seríamos grandes ante el acatamiento del Eterno, si no enterramos ese yo diminuto en los hondos surcos de la Congregación, que nos da riego con sus enseñanzas — Reglas y Documentos — y nos brinda el sol de sus gracias, para hacer que germinen en obras de bien en pro de la juventud, cada cual en el campo propio, unidos todos en haces de recolección con el vínculo de la caridad.

Esas las lecciones del padre Arato en las tardes de paseo, y cuantas veces teníamos la suerte incomparable de salir en su compañía. Todo lo relacionaba con la vida sobrenatural, desde las aguas del río que luego de fecundizar los prados y abrevar los ganados, iban a parar al mar, a perderse en el océano inmenso, como se perderán y confundirán nuestras almas en el regazo infinito de Dios. Y ello en veras y bromas, ya motejando a este novicio, ora a aquel otro para entremezclar lo espiritual con lo terreno, para luego volver a aquel, hasta hacer calar lo que deseaba y trocarlo en jugo del espíritu. Enseñar deleitando es la norma de las almas superiores. Así lo hacía don Bosco y así lo hicieron sus hijos y seguidores.

El maestro desempeña su oficio en la cátedra y fuera de ella, siempre y doquiera. El mérito pedagógico seguido siempre por los buenos y excelentes preceptistas.

Con los enfermos era caritativo en grado sumo. Si como maestro de novicios aseveraba que según doctrina de san Alfonso la casa está dispuesta a vender hasta los vasos sagrados para atender a un miembro paciente, lo cumplía al pie de la letra llegado el caso.

Siendo director del León XIII enfermó de gravedad un alumno del taller de sastrería de apellido Cortés. La familia lo hizo hospitalizar en el sanatorio de Marly que dista mucho del colegio. Sin embargo, dos o tres veces al día se iba el padre Arato a consolar al joven, a disponerlo al gran paso, y no había noche que no lo encomendara encarecidamente a las oraciones de todos. Y a medida que el mal avanzaba, con más frecuencia lo visitaba y hasta de noche. Al fallecer, él mismo, al frente de una gran representación del alumnado, con coronas, asistió al entierro, y un año después, todavía recordaba públicamente al desaparecido. Nada se diga cuando, en 1918, pereció ahogado en El Balsillas el estudiante venezolano Salvador Colmenares. Hasta muy entrada la noche se estuvo a orillas del río esperando el resultado de la búsqueda del cadáver, y con lágrimas en los ojos regresó a la casa de Mosquera para correr a postrarse a los pies del Dueño Eucarístico a recomendarle al extinto. Los días siguientes fueron para él de pena indescriptible.

Al morir don Antonio Aime, extremó su pe-

sar, y prohibió toda fiesta externa demasiado ruidosa en el Colegio de León XIII, y no se cansaba de encomendarlo a las oraciones de todos, salesianos y alumnos, elogiando las virtudes del finado, pregonando sus méritos y demostrando la amargura de que estaba repleto su corazón, sensible en demasía.

Y todo esto a pesar de la esperanza enorme que abrigaba en la misericordia divina y en las virtudes del desaparecido.

Era hombre, y sabía amar. Era sacerdote y sabía comprender, aliviar, socorrer. Pero era amigo, ante todo, y por sobre todo. Amigo amante, cariñoso, tierno. Imitador del Maestro que no pudo contenerse ante el dolor de María y Marta con quienes le unían vínculos amistosos, y este se prueba especialmente cuando se sufre, cuando el vendaval de la tribulación abate y descuaja el castillo de ensueños humanos forjados al calor del hogar doméstico. La vida religiosa, la salesiana en particular, es vida de familia. Don Bosco quería que todos, alumnos como socios, se sintieran como en su casa. Anhelaba por eso que el Director fuera padre, y supiera comprender, amar, perdonar...

"En el alma de todo hombre duerme un pecador y duerme un santo, dice el padre Raymond, en *El hombre que se entendió con Dios.* La misión del padre espiritual consiste en paralizar al pecador y dar energías al santo". Pintado queda en este retrato el padre Arato. Su afán consistía en poner traviesas para que el pecador no siguiera su paso, y abrir cauces para que el santo anduviera a sus anchas.

Grabado me quedó en la memoria un hecho, propio suyo. Era yo niño, y un día me llevó a ayudarle misa a un convento bogota-

ho en el que tenían por costumbre hacer desayunar al padre en el refectorio, y al misario aparte. Terminada la misa, la monjita encargada señaló al padre la mesa que le tenía dispuesta, para indicarme la mía. Pero el padre Arato me hizo pasar a mí, diciendo a la hermana: - Si vino conmigo, conmigo tiene que desayunar, y nos sentamos a la mesa. La religiosa comenzó a servirle al padre, y él a pasarme todo a mí, diciéndome, sigue tú, que ahora me traerán a mí, mientras la monjita toda estupefacta, tuvo que ir a la cocina a hacer preparar más para el padre, pues lo de él me lo había entregado. Eso lo hizo, sabedor por experiencia de que allí les gustaba hacer distinciones, a lo que era muy ajeno. Y eso que yo era un mocozuelo... Lo mismo aconteció en casa de cierta cooperadora de la misma ciudad.

Son cosas sencillas, rasgos triviales, pero que revelan su carácter.

Amaba a su personal como a sus colaboradores, y, llegado el caso, sabía hacerlos respetar, por sobre todo.

Superior, sin darse tono, ocupaba su puesto con dignidad, tranquilamente, como hecho al mando. Sabía como Francisco de Sales, que uno es el obispo, y otro es Francisco. Había nacido para conducir; y su presencia de asceta, la aureola de santidad que lo acompañaba hacía que las voluntades se le rindieran.

En él resplandecía algo singular que electrizaba y sometía. Acaso él mismo lo ignoraba. Es que la santidad se impone. La vida interior, el recogimiento y el trato con Dios comunican al mortal un no se qué cautivador que sojuzga y fascina.

Tal acontecía con don Mauricio.

Quienes no lo conocieron, dirán que contrasta lo aquí expresado con lo dicho al comienzo de estos apuntes con respecto a su carácter un si es no es violento y fuerte. Pero ¿acaso un santo carece de defectos y adquiere la santidad con el mero influjo de la gracia? Dios permite que brillen varones como don Mauricio para alentar a quienes nos conocemos llenos de imperfecciones que anhelamos hacer desaparecer y trabajamos en ello diariamente y nos acontece lo de la Escritura: caemos siete veces al día.

Util es recordar lo que a este respecto dice el autor del *Tratado del amor de Dios*: "Si no

sentimos el progreso y aprovechamiento de nuestras almas en la vida piadosa, tal como querríamos, no nos turbemos de ningún modo por ello; antes, permanezcamos en paz, haciendo que la tranquilidad reine siempre en nuestros corazones. A nosotros corresponde cultivar diligentemente nuestras almas, y en ello debemos poner nuestro empeño; mas en cuanto a la abundancia del fruto y de la cosecha, dejemos el cuidado a Nuestro Señor. El labrador no será jamás reprendido de que no haya conseguido una buena recolección, pero sí de que no haya debidamente trabajado y sembrado sus tierras. No nos inquietemos pues, de vernos siempre novicios en el ejercicio de las virtudes; porque en el convento de la vida devota, todos se estiman siempre novicios, y toda vida está allí destinada a la probación, no habiendo más evidente señal de ser, no solamente novicio, sino digno también de expulsión y reprobación, pensar tenerse por profeso. Por que según la regla de aquella orden, no la solemnidad, sino el cumplimiento de los votos, hace a los novicios profesos; ahora bien: los votos no son cumplidos mientras hay alguna cosa que hacer para la observancia de ellos; y la obligación de servir a Dios y hacer progresos en su amor dura siempre hasta la muerte".

Parece que esta página del protector fuera escrita por don Mauricio Arato, que creyó eso mismo, en medio de sus debilidades y esfuerzos.

Mas en este esfuerzo constante por levantarnos, por cancelar esos yerros, estriba el mérito, y ese trabajo es el diario pulir de este limo de que estamos hechos y debemos purificar vez tras vez.

No hay otra vía fuera de la mortificación, y diaria, para alcanzar la meta.

Mientras más humano se nos presenta el mortal que deseamos colocar como ideal, más nos alienta: si él pudo, por qué no yo, según lo tan trillado de san Agustín?

Si un Gonzaga nos admira por el poder de la gracia, en un Francisco de Sales o un Juan Bosco, de carácter fuerte, pasma el trabajo personal, el dominio constante por cortar los brotes malignos que, a pesar de su trabajo veían sobresalir cuando menos lo imaginaban.

Don Bosco es grande, muy más grande, cuando pudiendo desbaratar con la fuerza hercúlea de sus brazos al mozo que había golpeado a Comollo, no lo hace, que cuando a la voz de un mandato dice a Carlos, vuelto a la vida: — ¿Quieres seguir viviendo, o te placería morir? Aquí fulgura el santo, dueño de poderes. Allá el hombre, el coloso, el campesino piamontés, robusto, altivo, dueño de músculos de acero, de hombría, que sabe dominarse, hacerse violencia; que depone el humus de que está forjado y se trueca en el varón que perdona, manso y dulce, a quien la ira, antes dueña de su ser, se muda y se cambia en obediencia perfecta ante el mandato del maestro que le ordena cese el desorden.

Don Bosco nos es tan asequible en esta circunstancia, que subyuga, y la figura gigante del taumaturgo de los niños pobres, el educador genial que nos dejó todo un vasto sistema aún no codificado, arrastra como varón imitable.

Por eso mismo admiramos a don Mauricio de carácter recio, procura dominarse un día y otro, hasta hacerse dulce y manso a imi-

tación de su Padre. Es un esfuerzo tenaz, constante el que ejercerá hora en pos de horas hasta realizar actos de heroísmo y mansedumbre.

Alguien creerá fuera un asceta retirado, hosco, huraño... Nada de eso. Prefecto del León XIII se comportaba en ocasiones como un niño juguetón, sin descender de su puesto. Por ejemplo: a la chiticallando se acercaba a los corrillos y, al más distraído le daba un golpecito con el pie; cuando este volvía para averiguar al agresor, el padre se le acercaba a uno cualquiera de los presentes, y con sorna le increpaba que no ultrajara de aquella manera a su compañero. Todos reían, el padre continuaba su camino, y más de uno buscaban la manera de hacer lo propio a los demás.

Rasgos parecen estos de un niño, que no de un sacerdote, y menos de un varón como el padre Arato. Pero, ¿acaso no es un niño todo educador? ¿Por qué ha de estar siempre con cara de juez y no bajar a ciertas excentricidades, llamémoslas así, en el trato con aquellos a quienes llama sus hijos? Además, no ignoramos los móviles caritativos que a ello lo empujaban. Talvez ganarse aquel corazón reacio, atraerlo a la piedad, hacérselo amigo. Los santos tienen sus rarezas que el mundo apellida necedades. Las tenía el de Asís, como Felipe de Neri, cuando en el corazón de la ciudad eterna, se solazaba al descubierto con los jóvenes, y cantaba a pulmón batiente con el designio de alejarlos de los tropiezos mundanos. Los tenía don Bosco con sus pupilos, y ora cabalgaba con ellos en un humilde borrico, ora remaba en el Po cantando barcarolas. San Pablo no aseguraba que se tendría

hasta por anatema con tal de ganar a sus hermanos para Cristo?

¡Las industrias de don Mauricio para distraer a sus educadores! En los recreos bajaba al patio a observar los juegos, y deshacía corrillos, impedía que los salesianos se pasearan... calladamente se les iba, y a media voz les decía, aunque fuera en italiano: - Los niños.... asistencia. — Bastaba para que cada cual cumpliera con su deber.

Un padre por encumbrado que sea, monarca o plebeyo, volviendo a lo anterior, no se trueca en toro para que su chico le saque lances, o en caballo para que suba en sus espaldas y cabalgue y aúpe? El amor es ingenioso, y para complacer al amado no se miden obstáculos.

A cuento viene trascribir el hermoso soneto de don Víctor E. Caro,

EL BURRITO

No bien entro a mi casa, a darme vienes
y a recibir el beso prometido,
y hacer que por el tuyo eche en olvido
de este mundo, mi bien, todos los bienes.

Sumiso a tu capricho aquí mi tienes.
Hala ya de esas manos que te han sido
sostén si corres y si duermes nido,
y si lloras, refugio de tus sienes.

¿Quieres jugar a san Miguel dorado,
a la gallina ciega o al contado,
o montar en tu burro favorito?

¿Que sí? Pues ya de mi salud con mengua,
a órdenes de tu dulce media-lengua
estoy en cuatro pies, manso burrito.

Había pasado de Italia, su patria, que amaba como tal y salía a su defensa cuando el caso lo requería sin suscitar querellas enojosas, a España, en donde se formó. De aquí a Colombia donde trabajó con la intensidad de un obrero evangélico, y, después de permanecer por unos veinte años con nosotros, recibió orden de trasladarse a Arequipa, como maestro de novicios del Perú, él que nunca quiso pedir licencia para ir a ver a los suyos. Y recibió aquella obediencia con tranquilidad suma, no sin experimentar aquello tan cierto de que "el hombre es un aprendiz y el dolor es su maestro", pues convenir tendremos que amaba esta tierra como propia, y en ella esperaba reposar al lado de tantos seres que mucho estimó en vida.

Fue — si la memoria no me traiciona — en 1923, cuando se despedía de nosotros en el León XIII de Bogotá, en la vieja capilla, única parte del vetusto convento de Carmelitas que aún está en pie como testigo de un ayer colonial.

Sereno, nos miraba con esos ojos negros que lucían en el rostro demacrado de asceta, y nos daba su bendición, implorada por el entonces director del colegio, padre José M. Bertola, después de orar breves momentos ante el Dueño Sacramentado y la Virgen carmelitana.

Después apenas si una que otra esquela lle-

gaba de él, escrita de su puño, corta, así lo hacía siempre, para responder a cuanto se le enviaba.

Allí sufrió, pues quiso la Providencia probarlo una vez más, permitiendo que desgraciadamente en un paseo cerca de la vía férrea, una vagoneta se descarrilara y causara la muerte a varios novicios y salesianos.

Pero ¿no es acaso "el hombre un peregrino que cruza la vida hollando un sembrado de abrojos mientras le cubre un palio de nubes: tristezas de abajo, y dudas de arriba"?, que él sobrellevó con resignación, con sumisa entrega al beneplácito divino. Ya lo dijo Goethe: "Vivir a gusto es propio de plebeyos; el hombre aspira a ordenación y a ley". Si como cristiano practicaba esto, como religioso y sacerdote, doblegaba sus quereres a los del Señor y continuó impertérrito su misión de forjador de almas en la patria de Rosa y de Martín.

"Un hombre tenaz, animado de una idea claramente concebida y expresada, dice Angel Ganivet, triunfa siempre, aunque luche contra la sociedad entera. No sólo el hombre, hasta los animales se dejan influír por la acción sugestiva de las palabras". Más quien lleva dentro fuego ardoroso de caridad, desconocedor de barreras o diques, impulsado por la ambición santa de agrupar en torno al Dueño único multitudes ingentes... o llevarle una sola alma.

Obrando así, gastando energías y consumiendo fuerzas, lo alcanzó cruel enfermedad: un cáncer en el estómago que dio fin a su meritoria carrera el 21 de diciembre de 1934.

CONCLUSION

En Colombia dejó reguero de virtudes, admiración, respeto... Sembró el bien con prodigalidad, y formó para la vida salesiana muchas almas que lo recuerdan con cariño.

Supo perdonarnos las setenta veces siete que Cristo exigía a su Vicario, y, "como el que no sabe venerar no es digno de vivir", depositamos con respeto sobre su recuerdo, como manojo de tímidas violetas, algunos rasgos de la meritoria existencia de quien si tuvo defectos, tuvo méritos indiscutibles y sobre todo, trabajó con denuedo en las avanzadas salesianas en esta tierra que aún pregona muchas de sus benemerencias.

Parodiando al autor de *El hombre que se entendió con Dios*, hacemos nuestros los conceptos: "La vida de un varón eminente no tiene por objetivo el entretener y divertir, sino el estimular e infundir nueva vida, nuevo ánimo, nueva determinación de ser lo que debemos ser: santos. Deberíamos concluír la obra, diciendo: "Este individuo fue un ser humano como yo, de carne, sangre y hueso; tenía pasiones, su orgullo, sus impulsos ciegos, faltas, fracasos y multitud de defectos; pero hizo su camino hacia adelante, y yo puedo hacer otro tanto. Por este motivo, los santos deben ser mostrados como seres semejantes a nosotros: seres humanos".

INDICE

Portada 5
Así era él 9
Pudo haber sucedido 13
Salesiano de una sola pieza 17
Piedad ante todo 19
Otras virtudes suyas 22
Prefecto 28
Plasmador de religiosos 32
Confesor 36
Como director 38
Excelente superior 46
Sentir es vivir 49
Algunos rasgos propios de él 52
En su puesto 55
Lejos de Colombia 60
Conclusión 62